

Mesías

Patricia Suárez

Cuando abrí los ojos, un rayo de sol desde la ventana me hizo volver a cerrarlos. Ya había amanecido, pero era un día de esos en los que el sólo mover un dedo parecía imposible. Todavía no encontraba un motivo suficiente para seguir con la rutina pero me levanté porque ya me dolía la espalda. Me asomé a la calle y lo vi.

Desde que me mudé a este edificio, él ya formaba parte del paisaje. Siempre estaba sentado en la banqueta con el brazo estirado, pidiendo limosna y, por más intentos que los vecinos hacían por quitarlo, nunca se movía. A veces, cuando llamaban a la policía, él se esfumaba, aunque después de un rato aparecía como por arte de magia en el mismo lugar.

Yo disfrutaba observándolo porque parecía que nada le preocupaba. Me había acostumbrado a su presencia, a su olor a mugre, a su cara casi imperceptible detrás de su larga barba, a sus siestas interminables a lo ancho de la entrada; hasta me daba un poco de lástima. Cada vez que podía le daba dinero: él me dirigía una mirada profunda, mostraba un gesto que parecía una sonrisa y mascullaba algo que yo interpretaba como un *gracias*.

Mientras lo observaba desde la ventana, pensaba en qué tendría que pasarle a alguien para que terminara así y me inventaba historias que lo justificaran, algunas se parecían un poco a la mía. Me di un baño, me puse el vestido negro, me maquillé un poco para disimular la palidez de mi rostro y, sin ganas, me fui al trabajo.

Al regresar, estaba cayendo una tormenta. Encontré al pordiosero sentado junto a la puerta, resguardándose. Traté de pasar junto a él sin molestarlo cuando se levantó y me saludó. Respondí sin mayor interés, pues pensaba que si lo miraba insistentemente podría incomodarse. El olor a orines que percibí me provocó náuseas. Entré y aproveché para meterse rápidamente detrás de mí. Supuse que se quedaría en la escalera hasta que pasara la lluvia, así que no quise correrlo. Hice como si no tuviera importancia. Subí. Él me siguió. Cada paso resonaba en mi cabeza y se multiplicaba, combinándose con el ruido de la lluvia. Lo sentía muy cerca. Las piernas me temblaban. Imaginé todo tipo de escenas mientras ascendíamos: temí que me atacara por la espalda,

que me cubriera la boca, que robara las llaves y se quedara a vivir en mi departamento.

Me detuve ante la puerta y con miedo me volví a mirarlo. Él sonrió y dijo algo que otra vez no pude entender. Abrí y él dio un paso como si hubiera sido invitado a entrar. Entonces me armé de valor y le pregunté qué quería. Con una voz indescriptible, que no se asemejaba a los sonidos que había emitido antes sino con un tono que no parecía humano dijo *Quiero platicar contigo*. Mi piel se erizó y me paralicé al grado de que me fue imposible negarme. Mientras cruzaba el umbral de la puerta volví a aspirar su repugnante aroma y me arrepentí de haberlo dejado entrar pero ya era demasiado tarde.

Se dirigió a la sala como si el lugar le pareciera familiar, no sólo familiar, como si tuviera mucho tiempo viviendo ahí. Se me ocurrió que le vendría bien algo caliente, de modo que fui a prepararle un café. Se lo llevé hasta el sofá, donde descansaba ligeramente recostado. Yo pensaba en el trabajo que me costaría quitar la mancha del sillón blanco. Tenía los ojos cerrados. Su respiración era tan tranquila que creí que se había dormido. Cuando puse la taza sobre la mesa, abrió los ojos y su mirada se clavó en la mía durante unos segundos en los que podría asegurar que robó mis pensamientos.

Bebió el café de dos tragos. Me preguntó si podía darse un baño. Pudo ser el miedo lo que me hizo decirle que sí. Le mostré el camino y por un rato me quedé junto a la puerta, escuchando el agua y algunas expresiones que me hacían pensar que de veras lo disfrutaba. Estuvo ahí alrededor de una hora y salió, envuelto en mi toalla favorita, pidiéndome algo de ropa. Le di una playera y unos pants que le quedaron algo cortos.

Luego de decirle que había sido un placer ayudarlo le pedí que se retirara, pero él había venido a hablar conmigo y eso todavía no lo hacía, así que se volvió a sentar en la sala. *Estás triste. Te sientes sola y crees que ya no hay motivo para vivir. Lo que vine a decirte es que Dios no te abandona. Él está siempre contigo*.

Me levanté y enérgicamente le dije que no creía en sus patrañas y que era momento de que se fuera porque yo no tenía necesidad de escuchar los delirios de un pordiosero. Entonces habló de la profunda soledad que

él creía que me rodeaba, de mi alejamiento del mundo y de las personas. Me sentí descubierta, como si con una palabra me hubiera desnudado. No supe qué decir y me derrumbé en el sofá, frente a él. Se acercó, tomó mi mano, y con un beso me arrancó las lágrimas que estaban guardadas en mi pecho. El llanto fluyó como hacía tiempo no sucedía. Me abrazó y con su calidez aligeró mis cargas.

Dijo que desde ahora él estaría a mi lado y que Dios le había dicho que me guiara para entrar juntos en su reino, que él me mostraría la luz. No sabía qué hacer y lo único que se me ocurrió fue que ese hombre estaba loco. Habló sobre su Dios durante mucho tiempo, hasta que le dije que yo no creía en un ser superior y que mi salvación o perdición sería yo misma. Él insistió y puso su mano sobre mi frente. Tuve una sensación de paz que casi me hizo creerle. Me levanté, lo tomé del brazo y lo llevé a la salida. Abrí la puerta. En ese momento sus ojos se fijaron en el techo como si tuviera una visión, como si estuviera esperando una señal para continuar. *Dios existe y hay que recibirlo cuando lo encontramos. Todo lo material es efímero, solo él es eterno...*

Acaricié mi mejilla y volví a sentir un alivio casi mágico. Se fue. Cuando cerré la puerta gritó *Todavía no es tu momento, pero cuando estés lista, entraremos juntos en el reino de mi padre, de nuestro padre.*

Su aroma quedó en el aire durante horas. Pensé que la razón era la ropa sucia que se había quitado, así que fui a buscarla y no la encontré. Quizá la tiró por la ventana porque no vi la llevara consigo.

Al día siguiente pensé que lo encontraría afuera, pero no. Durante varios días estuve pensando en él, en sus palabras, en mi llanto, en la serenidad que me dejó. Me había hecho sentir bien por unos instantes, pero yo nunca había creído en dioses, no iba a empezar ahora.

Todas las mañanas, lo primero que hacía era asomarme a la calle para ver si había regresado. No lo vi durante varios días, pero me fue imposible olvidarlo. Lo busqué en las calles cercanas.

Lo encontré una tarde en un parque en medio de un tumulto. Me acerqué y lo escuché predicando, hablando de otro mundo, de otra dimensión en la que todos estaríamos mejor. Me reconoció de entre la gente, se dirigió a mí y pronunció una oración que me trajo el mismo descanso de aquel día en mi casa. Eran palabras comunes, que —sin embargo— me transmitían calma. Estuve ahí al día siguiente..., y al siguiente, únicamente para escucharlo. Una noche tuve la idea de que quizás él predicaba en otros momentos, cuando yo estaba dormida o cuando estaba trabajando. Me levanté en la madrugada y me fui al parque a esperarlo. Me convertí en su seguidora. Lo vi transformarse. Consiguió una túnica blanca que lo hacía verse radiante, como envuelto en un halo de luz. Levantaba los brazos al cielo, a la vez que ordenaba a todos que se arrodillaran ante él. Algunas personas lo escuchaban con atención; otros se burlaban. Tenía un séquito de indigentes.

Como no quiero perderme una sola de sus palabras, he dejado de hacer cualquier actividad que pueda distraerme o alejarme de él pero no ha venido. Hace mucho que estoy en esta banca, esperándolo. Las personas que pasan por aquí me miran con repugnancia, huyen de mí y, por más que pregunto, nadie me dice dónde está. Voy a seguir buscándolo porque él era el único que siempre me obsequiaba una oración.

Yo no creía en sus milagros, y me habría gustado decirle que en mi vida, lo más parecido a Dios había sido él, el indigente que me bendijo y con quien sólo podría entrar en un reino. **U**

